

Finalis*

Iván Molina Jiménez

Me llamo Isaías, Isa para los amigos, y para ser sincero, siempre he pensado que la poesía no es más que una mierda de playos y putos. Por supuesto, cuando estaba cabrillo, hice mis lecturas obligadas de los hijueputas de Bécquer y Nervo y de otros playazos, y hasta descubrí que, con un par de versos bien escogidos y dichos en el momento oportuno, las maes se abrían de piernas más rápido y después hasta le suplicaban a uno, entre jadeo y jadeo, que les metiera todo y güevos. A Dios gracias, a medida que avancé en mi carrera, ya no tuve necesidad de más putos versos, y desde que gané mi primer Nóbel, las hembrillas me andan como si fueran moscas. La cosa empeoró cuando gané el segundo, y desde entonces he tenido la sensación, por vez primera, de que algún día me va a faltar picha para satisfacer tanto culo.

La verdad es que nunca imaginé que iba a ser famoso y rico, y que un día iba a aparecer en la portada de *Spacial Times* como el geólogo del siglo XXI. Eso sí, siempre fui un buen estudiante, desde que entré a la escuela. Debo reconocer que eso se lo debo a mi mama, porque el hijueputa de mi tata, no solo nunca se casó, sino que nos dejó tirados cuando yo tenía cinco años. Claro, cuando gané mi primer Nóbel, el hijueputa maricón se apuró a buscarme y a decirme lo mucho que siempre me había querido, pero yo no me dejé engañar por esa parla hijueputa y, sin pensarlo dos veces, lo mandé a comer mierda, como mierda tuvimos que jamar mi mama y yo allí, en ese barrio de hijueputas muertos de hambre que es Sagrada.

Con mil y un esfuerzos, y breteando como una mula, mi mama logró pagar la parte de mi matrícula que no cubría la beca de la Chang University of Costa Rica, y así, a mis diecisiete putas años, me inscribí en Geología Espacial. En el fondo de mi corazón, lo que yo quería era ser entrenador de fútbol, pero el cupo ya estaba lleno, y si acabé en la carrera en cuyo ejercicio me volví famoso, no fue por vocación, sino por ese desasosiego que siempre ha guiado mi vida: la búsqueda de un buen culo.

Por esa época, ya yo me había comido cuatro virguillos, y andaba detrás del quinto, una mae que se llama Gladys y que ahora bretea en la base de Ganímedes. Aunque la hijueputa dejaba que la apretara toda, no me ponía el culo, y más de una vez, cuando traté de meter la mano, me paró en seco con un

preñonazo de rodillas. Claro, yo la hubiera mandado a la mierda si no fuera porque la perseverancia es una de mis virtudes, y yo no me iba a dar por vencido, y menos porque esa hembrilla, como era hija de un magistrado lameculos de la Cuarta, se las tiraba de gran culazo. Total que un día le dije cuatro verdades y se vino en llanto, y me dijo que estaba muy enamorada de mí y que su sueño era que yo estudiara lo mismo que ella: Geología Espacial. Por supuesto, a mí me valía una mierda la ilusión de esa perra, pero como en algo debía matricularme, le dije que sí, con la condición de que me pusiera el semáforo en verde. No había terminado esa hembrilla de asentir, cuando ya yo la tenía mamando picha, mientras me preparaba emocionalmente para hacerle el tiro del carretillo.

No sé cómo, pero poco a poco la mierda de la geología espacial empezó a gustarme, y pronto me convertí en el más distinguido alumno de la Chang University, lo que me valió, luego de que terminé el bachillerato, una beca completa para hacer el doctorado en ese mierdero de playos, putos y lesbianas que es la Sorbonne Lunar. Pese a todos los acosos de compañeros y profesores, sobreviví con mi culo intacto, me gradué con los máximos honores, y poco después, conseguí fondos para explorar, con el método de transparencias de profundidad que yo acababa de inventar, el cráter de Tycho, y así fue como descubrí el gran lago congelado que lleva el nombre de mi mamá y que me valió mi primer puta Nóbel. El segundo lo gané cinco años más tarde cuando, mientras dirigía un proyecto de mierda en Fobos, detecté con una nueva técnica unas irregularidades que luego resultaron ser las Cavernas de Cecilia, llamadas así como tributo al increíble culo que yo me volaba por esa época, y que me hacía meditar, a veces, sobre las desproporciones de la Naturaleza: tanto jamón para solo mis dos güevillos.

*

Supongo que ustedes habrán oído hablar de la doctora Irina Smith-Varitinov, una puta gringo-rusa, más amargada que un limón podrido y quien, según todos los expertos, es la principal marteóloga del siglo. Pues, señores, esta perra hijueputa concentró, durante el último quinquenio, casi un veinte por ciento de los fondos para investigación espacial, y los despilfarró en su despichada búsqueda por encontrar vestigios de vida inteligente en Marte. Esa hembra malcogida pasó cinco años dele que te dele, explorando todo el puto planeta, y no encontró ni mierda. Entonces, viene el orgullo de Sagrada, es

decir, este papacito rico, y apenas empiezo un proyecto cerca del monte Echus, cuando encuentro lo de Finalis y gano mi tercer puta Nóbel.

Como era de esperar, a la hijueputa de Irina, se le revolviéron las tripas, y según me contó un mae, se dejó decir que no entendía como un ser tan vil, despreciable e hijueputa como yo, que nada más pensaba en coger, podía tener tanta suerte. Incluso, por allí oí que movió cielo, tierra y espacio para que una comisión especial investigara las finanzas de mi modesto proyecto, ya que según insinuó la perra, yo contrataba un número innecesario de asistentes femeninas con el único fin de variar el menú. Después de eso, entendí que, más allá de la envidia porque yo encontré lo que esa hijueputa hembra no pudo, el verdadero problema de Irina, en el fondo, es que le falta picha, lo cual es explicable porque ni culo tiene. ¡Cómo va un mae que se respete a tirarle un polvo si la chochada de esa mae debe estar llena de telarañas por falta de uso!

Sí tiene razón esa hembra en algo, y no me importa concedérselo, y es que para la cama y la mesa, prefiero una despen-sa bien surtida. El día en que descubrí lo de Finalis empezó excelentemente. Es más, desde la noche antes, la Liga había vergueado a la S, y Kristen, una sueca hijueputa con cara de ángel que se me había resistido por casi dos semanas, por fin se puso tuanis, y me la cogí que fue un gusto; luego, en la mañana, terminado el desayuno, me dio una mamada tan hijueputa que tuve que meter la picha en agua fría para poder ponerme el traje espacial. Así, completamente satisfecho, física, espiritual y deportivamente y en paz con el universo, salí al amanecer marciano y me dirigí al sector KLJ-12, donde acabá-bamos de iniciar una exploración preliminar.

El resonador de transparencias había codificado todo en un área de un kilómetro cuadrado y a una profundidad de cien metros, y según el plano digital que veía en la pantalla, a una distancia de veinte metros de donde estaba, y a tres metros bajo la superficie, había un objeto oscuro y redondo, cuya composición no era posible determinar. De inmediato, activé el excavador automático, encendí todas las cámaras y llamé de emergencia al resto de mi equipo. Dos horas después, teníamos a la vista una puta caja perfectamente circular, negra, brillante, de treinta centímetros de diámetro y, al parecer, construida en una sola pieza y completamente sellada. Al frente de la caja aparecía esta inscripción: “E. Finalis. 1600.”

Sobra decir que yo no tenía ni puta idea de quién era ese hijueputa playo de Finalis. Lo que sí tenía claro era que no podía comunicar mi extraordinario descubrimiento mientras no lo supiera. ¿De qué valía que hubiera encontrado la puta caja si después aparecía un hijueputa con una historia de mierda sobre el maricón de Finalis? Yo no estaba dispuesto a compartir la gloria de mi hallazgo, a menos que fuera bajo mis propios términos. Prohibí a mi equipo toda comunicación fuera de la base durante las próximas setenta y dos horas, y como necesitaba de todas mis energías, le expliqué a mi picha que nada de nada durante un rato. Después del almuerzo, llegué a la conclusión de que solo una persona de mi entera confianza tal vez me podría ayudar: Nicola di Renaldi, una mae especialista en la historia europea del siglo XVII, a quien yo conocí después del segundo Nóbel y con la cual había cogido por toda Venecia.

Pensé en llamarla, pero luego caí en que no era la mejor idea, ya que probablemente la hijueputa de Nicola debía estar muy resentida conmigo, y con razón; eso siempre pasa cuando uno, de un día para otro, deja a una hembrilla sin picha. Por eso, opté mejor por enviarle un email muy cariñoso: “Nicola, vida mía, necesito un pequeño favor. Durante tus valiosas investigaciones históricas, ¿te has encontrado con este nombre: E. Finalis? Parece que vivió alrededor de 1600. Te agradecería si podés enviarme toda la información que tengas sobre él. Después te explico. Es verdaderamente muy importante. Te mando un beso desde el fondo de mi corazón, donde siempre estás”. La respuesta me llegó una hora más tarde. Suprimida la parte de los reclamos e insultos, que no es necesario que ustedes conozcan porque no aporta nada a lo que les cuento, mi riquísima Nicola me prometió averiguarme algo lo más pronto que pudiera.

El resto del día, mi equipo y yo lo pasamos en el laboratorio, sometiendo la puta caja a todas las pruebas de mierda que se nos ocurrieron, sin éxito. Impaciente y ansioso, traté de dormir temprano, pero no podía dejar de pensar en el hijueputa de Finalis. Resignado, me levanté, traté de concentrarme en la lectura del último número de *Space Girls*, y como no pude, pensé que lo mejor era ponerme a culear. Me fui a la habitación de Kristen, donde le hice el 69 y después el 70 (que es igual al 69, pero con el dedo dentro del culo). Por fin, agotado, me dormí entre sus enormes tetas nórdicas, un poco irritadas de tanto como me las mamé, al tiempo que evocaba, con sincera nostalgia, el delicioso culo italiano de Nicola, y la increí-

ble destreza de esa hijueputa para, cada vez que le hacía el tiro del carretillo y se me salía la picha, volvérmela a acomodar de taquito.

*

“Isa, aunque aún no te perdono, colaboro contigo con el más puro espíritu científico y por el cariño que todavía te tengo. Esto es lo que pude encontrar. Erasmus Finalis fue detenido por la Inquisición en diciembre de 1600, después de que una vecina lo acusó de fornicador, dado que su casa era visitada, con mucha frecuencia, por mujeres jóvenes. En esa época vivía en Roma, pero no hay datos sobre su origen, ocupación o edad. Parece, pero esto no está comprobado, que nació en La Habana, pasó a España y vagó por Francia Inglaterra y Suecia antes de establecerse, por unos años, en Florencia. Se conjetura que conoció a Tycho Brahe y que llegó a Roma en 1598. También se cree que tuvo algún trato con Giordano Bruno.

Los inquisidores se apersonaron a su casa en la noche, con la esperanza de encontrar a Finalis en compañía femenina, pero estaba solo. Al registrar la vivienda, se dieron cuenta de que Finalis tenía casi diez tomos redactados en un lenguaje desconocido, y según uno de los oficiales, en lo que podía ser descrito como extraños signos matemáticos. Por lo tarde que era, decidieron volver al día siguiente por esos volúmenes. Cuando regresaron, los manuscritos, ya no existían: todos habían sido quemados. Gracias a informes de unos vecinos, se determinó que una prostituta, la Beatriz, había entrado a la casa poco antes del amanecer y echado las obras a las llamas. Capturada e interrogada, se limitó a decir que esas eran las órdenes del maestro, en caso de que muriera, desapareciera o fuera detenido.

Finalis fue interrogado, torturado y finalmente quemado en marzo de 1601, poco después de que lo fuera la Beatriz quien, la noche antes de su muerte, confesó que el maestro era visitado por unos extraños demonios azules, con los cuales practicaba aquelarres, en cuyo curso ellos y él desaparecían. Las ausencias de Finalis podían prolongarse por varias semanas. También declaró que el maestro había dejado embarazada a una joven, quien no pudo ser localizada por la Inquisición, institución que la buscó con sumo interés ya que, de acuerdo con lo afirmado por la Beatriz, ese niño sería Papa en un futuro no muy lejano.

Pese a que la Inquisición dismanteló prácticamente toda la casa de Finalis, lo único que encontró, escrito por él, fue un

pequeño y extraño poemario, el cual está en español. Si no fuera porque lleva el sello del Santo Oficio, con el año correspondiente, te diría que es un documento falso, ya que es simplemente imposible que alguien que murió a inicios del siglo XVII escribiera algo así. El título, incluso, es casi absurdo: “Luna de tu pie” y, cuando lo leas, verás que no tiene sentido. Me gustaría profundizar en el estudio de este caso, así que te agradeceré si me cuentas cómo es que estando en Marte de repente te enteraste de Erasmus Finalis. Tu Nicola, aún.”

*

La puta caja de Finalis, de la cual todavía no sabemos ni mierda, se convirtió en la prueba irrefutable de que, en algún momento del pasado, inteligencias de origen desconocido tuvieron contacto con habitantes de la Tierra. Mi descubrimiento, que terminó de fracturar todos los sistemas religiosos y puso en crisis el conocimiento que creíamos tener sobre la historia humana, me convirtió en el mae más célebre del Sistema Solar. La mierda del tercer Nóbel era previsible y, cuando me avisaron, ni me sorprendí, ocupado como estaba ya en conferencias, entrevistas, homenajes y todas esas putadas, además de culear. Seré un hijueputa, como dice la faltadepicha de Irina, pero no soy un ingrato; por eso, cuando anuncié el hallazgo, le di el reconocimiento público a la cabrona de Nicola (lo que, de paso, me valió una nueva invitación a Venecia, donde esa hembrilla me volvió a hacer la jugada del taquito).

El mayor problema que tengo ahora es la culeadera, intensiva porque –sinceramente– siento que ya no doy abasto. Hay días en que me tiro hasta cinco culos, y eso solo para que nunca se diga nada que ponga en duda la calidad de las pichas de Sagrada (eso sí, a polvo por culo). Aparte de esta presioncilla, estoy perfectamente. Acabo de sentarme en el amplio balcón de mi penthouse, ubicado al frente de Central Park, con un cacigüisqui en las rocas, mientras veo como atardece y espero a que llegue Elena, mi nueva asistente, una brasileña para la cual he estado preparando la picha todo el día. Mi gran dilema es si empezar a chuparme a esta hembrilla de arriba hacia abajo, o al revés, y si le hago el tiro del carretillo durante el primer polvo o en el segundo. Me gustaría entrarle de una vez con el 70, pero mejor espero a que me tenga más confianza. Si es cierto lo que dicen varias sectas fundamentalistas en cuanto a que la puta caja de Finalis es el comienzo del fin del mundo, lo único que puedo aconsejarles a todas y todos –y lo digo así en clave de género porque en esto soy muy progre– es: “a culear y a mamar porque el mundo se va a

escocherar”. Y ya ustedes saben que los maes de Sagrada somos consecuentes: practicamos lo que predicamos.

No podría terminar sin decirles que, finalmente, empecé a hacer las paces con Finalis. Claro, no es que me gusten esas mariconadas de poemas que escribió, y no entiendo cómo la Comisión de Investigación Espacial ha asignado tantos fondos a esos comemierda que se llaman a sí mismos científicos de lo literario. ¡Según ellos, van a descubrir los códigos para contactar a una civilización extra-terrestre a partir de una deconstrucción metadigital de esas poesías de mierda! Eso es una verdadera babosada y solo se explica porque la presidenta de la Comisión es otra malcogida faltadepicha. Si le ensartaran una buena picha todas las noches tendría la visión necesaria para velar porque únicamente las ciencias de verdad reciban fondos y sabría que lo más probable es que el cabrón de Finalis escribió esos versos marigüanados no para comunicarse con unos hijueputas bichos de otra galaxia, sino solo porque andaba detrás de un culo aquí, en la mismísima Tierra.

A mí lo de la puta caja me importa un culo. Les apuesto mi mejor polvo a que no hay ni mierda adentro. Tampoco estoy muy interesado en contactar con inteligencias extra-terrestres, excepto, claro está, que las hembrillas sean cogibles. En todo caso, sea quien haya sido ese cabrón de Finalis, e independientemente de si él se cogía a los aliens o los aliens se la metían a él, tengo que agradecerle que dejara esa puta caja en el lugar exacto donde yo pude encontrarla. Por otro lado, que los hijueputas chupapichas de la Inquisición lo hayan arrestado inicialmente por culeador, es algo que habla muy bien de Finalis. Para mí un buen cogedor es, en principio, una buena persona, y nunca podría ser un mae muy hijueputa.

Anexo
Luna de tu pie

1

Me fui de Casiopea
a los veinte años,
sin desengaños
y con la brea
olorosa
todavía en mi nave:
airosa
de día, ave
cubierta de olas al atardecer,
y de madrugada,
pezón de mujer
deseada.

2

Al filo del universo,
el vacío
es un verso
atravesado por una sombra de río;
sin prisa,
va por mi nave,
en alas de una brisa
suave:
apacible,
pero distante en su quehacer,
como una mujer
imposible.

3

Cerca de Aldebarán
los pobres
viven en planetas de hielo.
Los días vienen y van,
salobres,
de duelo.
Danza
sin esperanza
en torno de un sol agonizante,

con la tristeza
de una promesa
distante.

4

Con una precisión exacta
y grano a grano,
el polvo estelar
se compacta,
lejano
y sin cejar
en el empeño
de cumplir su sueño:
ser
luna
en la mirada de una
mujer.

5

Después de viajar
por todos los planetas,
de mar a mar
y en compañía
de locos y poetas,
un día
de verano,
desembarqué
—temprano
y sin fortuna—
en la luna
perfumada de tu pie.

6

Viví en el desierto
espacial
casi un año,
a cubierto
del aroma fatal
y extraño
de sus arenas,
ajenas

al sol que las consume
sin cesar,
en un fuego similar
a tu perfume.

7

A diez mil veces
la velocidad
de la luz,
las constelaciones son peces
fugaces; la soledad
un instante sin tus
besos
dándole sentido
a mi memoria;
y tu cuerpo y el mío, datos presos
de un universo vertido
en una ecuación aleatoria.

8

Por doquier,
en cada puerto espacial,
se junta, con el atardecer
sideral,
un mar de viajeros
y equipajes,
de prisa, bajo los aleros
de un día que exhibe sus celajes
rojos;
entre el desfile de criaturas, mi esperanza se pierde,
ansiosa por encontrarme en el verde
de tus ojos.

9

De una
a otra luna,
el viaje
parece
no tener fin.
Sin su traje
de luces, el universo se desvanece
en una espuma afín
al vestido

–con que te conocí–
que un día lejano y sin olvido,
vencí.

10

Con la gracia
y eficacia
de una acometida de olas,
los cometas
trenzan sus colas
inquietas
y se desprenden del brillo que los ampara,
para
–sin apuro–
ir
a morir
como un beso sin futuro.

11

Dormido,
despierto y preparo
mi nave:
ido
está el sol y el faro
me sabe
consumido por el deseo
de viajar
–buceo
a ciegas en el ocaso–
por el mar
infinito y sin playas de tu abrazo.

12

Despierto.
¿Vivo?
¿Muerto?
Cautivo
de un mirar lejano,
evoco el mar;
en vano
me esfuerzo por inventar

un verso
solar
para alumbrar
mi universo...

Erasmus Finalis

*Originalmente publicado en *La miel de los mudos y otros cuentos ticos de ciencia ficción* (San José, Editorama, 2003), pp. 61-76.

Reproducido con permiso del autor